

EL ESCOLAR: Popayán

373  
✓

INFORME del Jefe municipal de Túquerres correspondiente á marzo de 1882.

Señor Superintendente de Instrucción Pública.—Popayán.

En vista de los datos que han suministrado los Inspectores locales y los maestros de las Escuelas, tengo el honor de informaros acerca de la marcha general de las Escuelas establecidas en los diferentes distritos del municipio, cumpliendo así con el deber que me impone el Código de Instrucción Pública en el punto 11 de su artículo 76.

Quince son las Escuelas oficiales establecidas en todo el municipio, de las cuales diez son de varones y el resto de mujeres. Hay otras particulares de ambos sexos, pero de estas me reservo para informar en otra ocasión.

Empezaré por la superior de varones de esta ciudad:

Esta, como le consta al señor Superintendente, constaba de ciento veintidos niños legalmente matriculados, pero desgraciadamente ha quedado reducido á cincuenta el número de niños, de los cuales solo asisten, por término medio, unos cuarenta y uno; esto por haber iniciado el Curá de esta ciudad una nueva Escuela, seguramente por hacer oposición á la oficial en referencia. Para subsanar tan lamentable diserción, se han dictado las medidas del caso, sin esquivar medio alguno para que los alumnos vuelvan al Establecimiento; de éstos unos han vuelto y otros se han retirado en definitiva.

La Escuela Superior de niñas marcha muy bien y ofrece día por día mejores resultados. Las señoritas Directoras entregadas constantemente al desempeño de sus obligaciones, como Institutoras, no dejan nada que desear, y como particulares son siempre un modelo de virtud y moderación.

Las materias de enseñanza en ambos establecimientos, son las mismas que se han avisado en los informes anteriores, y el resultado de las últimas visitas que se han practicado, ha dado por resultado la calificación de regular en la de niños, y bueno en la de señoritas.

Las Escuelas de los distritos están organizadas del modo siguiente:

**Sapuyes.**—La de varones á cargo del señor Eladio Arévalo, cuenta sesenta y cinco niños; divididos en tres clases, reciben lecciones de Lectura, Escritura, Aritmética, Gramática, Geografía, Geometría, Historia patria, Historia sagrada, Moral y Urbanidad. Los alumnos manifiestan conocimientos firmes en las lecciones que se les ha enseñado, tienen gusto por el aprendizaje y concurren con puntualidad, correspondiendo á las justas aspiraciones de sus padres y á los esfuerzos del Gobierno para formar una sociedad sana de cuerpo y espíritu. La Escuela de niñas á cargo de la señora Regina P de Martínez tiene 39 alumnas y enseña á leer y escribir, Religión y Costura. Empezó sus tareas desde el mes de marzo próximo pasado y por las aptitudes de la señora Directora y la contracción de las niñas se hace esperar muy buenos resultados.

**Ospina.**—La de niños á cargo del señor Francisco Chicaiza, con cuarenta y tres alumnos, se enseña Gramática, Aritmética, Religión Lectura y Escritura. La de niñas en número de veintisiete dirigidas por la señorita Emperatriz Viteri, reciben las mismas lecciones que en la anterior, más en Geografía, Recitación y Objetiva. Hasta hoy apenas tiene dos meses de instalada y son satisfactorios sus re-

sultados, pues las niñas han adelantado notablemente.

**Ancuya.**—A cargo de Joaquín Solarte y Leticia Erazo respectivamente, con veinticinco y veintidos alumnos, dictan en ambos establecimientos las mismas materias que en la anterior de varones y no son menos satisfactorios sus resultados.

**Mallama.**—Veintinueve niños dirigidos por el señor Celso Alvarado, y diez y seis niñas por la señora Mercedes M. de Rodríguez.

**Linares.**—Dirige esa Escuela el señor Pablo Narváez y existen legalmente matriculados cincuenta y ocho alumnos.

**Imús.**—A cargo del señor Pablo Erazo hay veintisiete niños.

**Samaniego.**—Al cuidado de Manuel Rodríguez están cuarenta y cuatro.

**Yacuit.**—El Director Ezequiel Rodríguez tiene á su cargo cuarenta y ocho, y

**Guachavés.**—Dirigidos por el señor Medardo Muriel existen matriculados diez y nueve alumnos.

En todas estas Escuelas se dictan por los respectivos directores, las materias ya indicadas, esto es Religión, Moral, Urbanidad, Lectura, Escritura, Aritmética, Geografía y Gramática. Todas marchan regularmente por la organización y régimen que han establecido los maestros y el aprovechamiento que manifiestan los alumnos, según los cuadros de calificación y las actas de visita remitidos á esta Jefatura, aunque median con relación á las otras escuelas, es satisfactorio, respecto á su localidad.

Dejo en estos términos concluido el informe del presente mes y me suscribo de usted.

Atento y seguro servidor,  
PEDRO MARTÍNEZ D.

EL ARTE DE RECORDAR. 6481

Escrito en inglés por Hanney—Traducido y adaptado, POR JOSÉ DELGADO.

Introducción.

Constantemente se oyen quejas contra la mala memoria.

Algunas personas han tenido la desgracia de nacer con una grande imperfección en esta facultad, mientras que otras que la han recibido maravillosa, desde sus primeros años, van perdiéndola gradualmente, hasta asemejarse á aquellas. Unos tienen la rara facultad de encomendar á la memoria, sin esfuerzo alguno, todas las cosas que quieren, con la desventaja, eso sí, de olvidarlo todo á los pocos días. Otros, por el contrario, tropiezan con grandes dificultades para fijar algo en la imaginación; pero, una vez conseguido, lo retienen para siempre, perfectamente grabado.

Lo cierto es que la generalidad de las personas desconocen la manera de hacer uso provechoso de la memoria, á pesar de que, en la mayor parte de los casos, la facultad es bastante buena, necesitándose únicamente un poco de destreza para manejarla con acierto.

El sistema desarrollado en este tratado tiene por objeto hacer buena la mala memoria, y mejorar la buena.

164

Dicho sistema se conoce con diversos nombres, tales como *mnemónica; mnemotenia, frenotipia, memoria artificial, &c.* Nosotros lo llamaremos simplemente *memoria artificial ó arte de recordar.* Muchísimas personas, cuando desean fijar algo en la memoria, emplean, consciente ó inconscientemente, un medio artificial. Cuando la campana hace un ruido en su pañuelo, á fin de recordar alguna cosa, hace uso, sin saberlo, del arte que nos ocupa.

A menudo se hace esta pregunta:

¿No será tan difícil adquirir y aplicar el sistema artificial, como pudiera serlo la tarea de fijar en la memoria por el simple hecho de repetición lo que se quiere recordar?

De ninguna manera.

El hombre que para ello no emplea sistema alguno, amontona en su cabeza los hechos en tal confusión, que no le es posible, casi nunca, acertar con uno cuando lo necesita.

El que aplica el arte, pone cada hecho en su lugar y lo señala; y, llegado el caso, sabe á dónde debe dirigirse para encontrarlo. La memoria sistemática es un arte cuyo uso perfecciona las facultades intelectuales y les da un gran poder; pone al hombre en capacidad de abastecerse de ideas y hechos y tenerlos prontos cuando los necesita. Es una valiosa adquisición que desarrolla el poder de concentrar los pensamientos; ayuda al hombre á *pensar con sistema*, de la misma manera que le enseña á *recordar con sistema*; aumenta la imaginación y la hace capaz de guardar innumerables hechos y aun opiniones, y fortalece la facultad de juzgar. Para pronunciar un discurso no será necesario dedicarse á trabajar con una semana de anticipación, y no se llegará á la tribuna tímido y tembloroso, circunstancias que, casi siempre, hacen que se olvide todo lo que se quería decir; al contrario de lo que sucedería si los pensamientos se hubieran ordenado con propiedad, lo cual presenta comodidad y facilidad para pronunciar el discurso, ayuda al orador el gran crédito que crece un auditorio satisfecho.

Dése á un individuo que no posea ningún sistema de recordar un número cualquiera de palabras sin relación entre sí, por ejemplo, nombres astronómicos, latitudes, fechas &c., y dígaselo que las aprenda de memoria. Sin duda alguna, él encontrará en esto una larga y desagradable tarea, á menos que su facultad de retener sea excepcionalmente buena.

Dése esas palabras á un memorista, y en el acto las recogerá, como un hombre esforzado que se regocija con su fuerza. Para él, el trabajo es fácil y agradable, y tiene seguridad de su buen éxito.

La educación tiene dos objetos: abastecer el espíritu y disciplinarlo. El arte de recordar auxiliará, en gran manera, ambos objetos. Nadie puede poner en duda el poder de abastecer el espíritu con hechos, siempre que haya presen-

ciado los prodigios de memoria ejecutados por niños sencillos después de unas pocas horas de práctica. Nadie que haya adquirido este arte puede dudar del poder de disciplinar el pensamiento para educarlo.

Es una equivocación suponer que la memoria, sistemática sea únicamente buena para retener las fechas. Ella puede aplicarse al recuerdo de todo lo que se desea; y puesto que las fechas y los números son de más difícil retención, el triunfo del arte es mucho más notable en este sentido.

Es preciso guardarse, sin embargo, de creer que la memoria puede crearse por medio de éste ú otro sistema cualquiera. Eso es imposible. El objeto de este método no es conferir una nueva facultad, sino enseñar á emplear con provecho la memoria que poseamos, y suministrar un auxilio á este poder natural. Así como la invención del telescopio no introdujo alteración en el ojo, sino que solamente acreció en apariencia los objetos á él, así el objeto de esta teoría no es introducir reformas en la memoria, sino proporcionar un método por el cual puedan encomendarse prontamente á ella todas las cosas, para recordarlas después con facilidad y certeza.

## EL CARACTER

POR SAMUEL SMILES.

(Traducción de Venancio G. Muirique).

(Continuación.)

Wellington, lo mismo que Washington, tenía por consigna el *deber*, y jamás hombre alguno lo fué más fiel. (1) "Pocas, muy pocas cosas hay en el mundo," dijo una vez, "que merezcan la pena de vivir, pero todos debemos marchar rectamente hacia adelante y cumplir con nuestro deber." Nadie reconocía mejor que él la necesidad de la obediencia y de la buena voluntad, porque los que no sirven fielmente no pueden gobernar á los demás con sabiduría. No hay divisa que más le convenga al sabio, que *Ich dien*, "yo sirvo," y esta otra: "También sirven los que están prontos y aguardan."

Un día que se le hablaba al duque de Wellington de la humillación de un oficial que acababa de ser nombrado para un puesto que le parecía inferior á sus méritos: "En el curso de mi carrera militar," replicó él, "he pasado del mando de una brigada al de un regimiento, y del mando de un ejército al de una brigada ó al de una división, según las órdenes que recibía, y sin sentirme en manera alguna mortificado."

Cuando mandaba el ejército aliado en Portugal, la conducta de los habitantes del país no le pareció á Wellington ni digna ni decente. "Por todas partes hay harto entusiasmo," decía, "y numerosas aclamaciones. Tenemos iluminaciones, cantos patrióticos y fiestas por doquiera; pero lo más conveniente

(1) Uno y otro pagaron con su popularidad su adhesión á la causa que les pareció justa. Wellington fué insultado en las calles de Londres, y las ventanas de su casa fueron hechas pedruzcos por el populacho, en momentos en que su esposa acababa de exhalar el último suspiro. También sir Walter Scott fué silbado por el pueblo y atacado á piedra en Hawick, en medio de gritos y vociferaciones.

165

to sería que cada uno en su esfera cumpliera con su deber fielmente y mostrase una obediencia implícita a la autoridad legal."

Este constante ideal del deber, parece haber sido el principio regulador del carácter de Wellington, y le denominaba y dirigía todas las acciones de su vida pública. Hasta parecía que se les comunicaba a sus subordinados, que lo servían como si estuviesen poseídos del mismo espíritu. Recorriendo en Waterloo los cuadros de su infantería a tiempo que las filas diezmadas se estrechaban para recibir una carga de caballería francesa, dijo a sus soldados: "Firmes, muchachos; pensad en lo que dirán de nosotros en Inglaterra," y los soldados le respondieron: "No tomáis nada, mi lord, cabemos nuestro deber."

También era el deber la idea dominante de Nelson. El espíritu con que él servía a su patria, está íntegramente expreso en la célebre orden del día que dirigió a la armada antes de la batalla de Trafalgar: "Inglaterra espera que cada uno cumplirá con su deber," y en las últimas palabras que pronunciaron sus labios, cuando, herido mortalmente, dijo: "A Dios gracias, he cumplido con mi deber!"

El compañero y amigo de Nelson—el bizarro, el fiero, el modesto Collingwood—el que, en el momento en que su bajel llegaba para tomar parte en el gran combate naval, decía a su abanderado: "Es precisamente la hora en que nuestras mujeres van a la iglesia en Inglaterra"—Collingwood también como su jefe rendía culto al deber. "Cumplid con vuestro deber lo mejor que podáis," les repetía siempre a los jóvenes que empezaban la carrera de la vida. Y a un marino le dio una vez estos nobles y sabios consejos: "Está seguro de que depende de ti más que de ninguno otro favorecer a un tiempo tu bienestar y tu ascenso. Pon en el cumplimiento de tus deberes una atención vigilante e infatigable; sé afable y respetuoso no solamente para con tus superiores, sino para con todo el mundo, y así te granjearás la estimación general, y la recompensa será segura; si no la tuvieres, estoy convencido de que tienes demasiado buen juicio para desalentarte por el desengaño. Guardate siempre de manifestar el menor descontento: sería un pesar para tus amigos, un triunfo para tus competidores, y ningún bien te produciría. Pórtate de manera que merezcas todo lo bueno que pueda sucederte, y si tu esperanza se frustra, tendrás el consuelo de haber obrado bien. Cíñe toda tu ambición a ser el primero, siempre que haya algún deber que cumplir. Mástrate siempre dispuesto, sin calcular si te toca el turno, y tus superiores, por negligentes que sean, no permitirán nunca que se te imponga un servicio mayor del que puedas prestar."

Es fama que este apego al deber es peculiar de la nación inglesa; y lo cierto es que él ha caracterizado más o menos a todos sus grandes hombres políticos. No hay tal vez noticia de otro país en que un jefe haya empujado una acción con la señal que dio Nelson en Trafalgar. No fue ni gloria, ni victoria, ni honor, ni patria, sino simplemente deber! Qué pocas naciones serían capaces de reconocer esta voz de mando durante una derrota!

Cuando el *Birkenhead* naufragó en la costa de Africa, los oficiales y la tripulación hicieron descargas en señal de regocijo, cuando vieron a las mujeres y a los niños embarcados sanos y salvos en las chalupas. Poco tiempo después, Robertson de Brighton, aludiendo a esta circunstancia, decía en una de sus cartas: "Sí, es muy cierto! Bondad, de-

ber, sacrificio,—tales son las cualidades que honra la Inglaterra. Tal vez se queda impasible y aletada, como un campesino que nada ha visto, ante alguna maravilla cuyo engañoso resplandor deslumbra por un momento, pero nada conmueve su viejo y gran corazón tan profundamente como el bien. Ella no se sabe vestir el chal, y se muestra más que desgarbada en un salón de concierto, y puede apenas distinguir un ruiseñor suco de un grajo; pero, Dios se lo premie! sabe enseñar a sus hijos a zozobrar como hombres en medio de los tiburones y de las ondas, sin ostentación, sin jactancia, como si el deber fuese la cosa más natural del mundo, y nunca llega a confundir por largo tiempo a un comediante con un héroe, ni a un héroe con un comediante."

Hablemos una vez más del espíritu del deber que animaba al noble Bayardo. Durante el asalto en Bressia, en 1510, cayó por tierra y se le creyó mortalmente herido. Mientras los soldados saqueaban la ciudad, Bayardo fué recogido de entre los muertos y los moribundos y transportado en una camilla a la habitación más inmediata, la cual estaba ocupada por una señora y dos hijas suyas de extrema hermosura. Bayardo, aunque muy malo, tuvo sin embargo fuerzas bastantes para mandar que se le prohibiera a los soldados que saqueasen la casa, porque quería encargarse de indemnizarlos por sí mismo de la pérdida del botín.

La señora hizo llevar a Bayardo a un magnífico aposento, y allí, echándose de rodillas delante de él, le dijo: "Noble señor, os ofrezco esta casa y todo lo que ella contiene. Todo os pertenece conforme a las leyes de la guerra. No os pido sino una sola cosa para mí y para mis dos hijas, y es que nos conserveis la vida y el honor." Bayardo, aunque apenas podía hablar, así se lo prometió. El caballero herido fué cuidado con la mayor solicitud, y al cabo de unas seis semanas se encontró en estado de montar a caballo.

Al punto mismo en que se preparaba para ir a incorporarse al ejército francés a órdenes del duque de Nemours, la señora de la casa, pensando en el rescate que tendría que pagar, reunió cuanto oro pudo haber a la mano, es decir, una suma de dos mil quinientos ducados, y llevándole el bolsillo a Bayardo, se lo ofreció de rodillas. Negóse él a recibirlo, diciendo: "A fe mía, señora, aun cuando me dieseis cien mil escudos yo no quedaría tan agradecido como lo estoy por el buen trato que he recibido aquí y por la agradable sociedad de que he disfrutado." Mas, como la dama insistiese, le dijo él al cabo: "Bien pues, señora, acepto por complaceros; pero haced venir a vuestras dos hijas, porque quiero despedirme de ellas."

Cuando las jóvenes se presentaron, dividió Bayardo los ducados en tres porciones, dos de a mil para que sirviesen de dote matrimonial a las chicas, y una de a quinientos para que fuesen distribuidos entre los conventos pobres que más hubiesen sufrido con el saqueo.

Así fue como el noble Bayardo se despidió de aquellas señoras, para ir a reunirse con el ejército real.

Cuando al fin cayó mortalmente herido en Rebec, cerca de Milan,—donde el almirante Boniviet, favorito de Francisco I, le había colocado en el puesto más peligroso,—se hizo llevar al pie de un árbol, y con la cara vuelta al enemigo, mandó por última vez a sus soldados que cargasen; pero como fuesen sus tropas muy inferiores en número a las de los es-

...ellas, se vieron luego rechazadas y dejaron muchos prisioneros.

El marques de Pescara, llegándose á Bayardo trató con las mayores consideraciones y respeto. El condestable de Borbon, que habia desertado á su rey y á su patria para servir á órdenes del emperador Carlos V., se acercó tambien, y le dijo al prisionero: "Ah! capitán Bayardo, cuánto me compadecíeros en ese estado!" Pero Bayardo, incorporándose como pudo, le respondió: "Gracias, monseñor, no necesito compasión, porque muero como he vivido honrado; muero sirviendo á mi rey. Vos sí que me mereceis, vos que llevais las armas contra vuestro soberano, contra vuestra patria y contra vuestro juramento!"

Solo despues de muerto Bayardo comprendió Francisco I todo el valor del grande hombre que habia perdido. Descubrió entónces que habia condescendido al mando de su ejército á sus favoritos más que á jefes dignos y nobles como Bayardo. "Hemos perdido"—dijo—"un gran capitán cuyo valor solo hacia temer y respetar sus armas. Habria él ciertamente más recompensas y puestos reservados de los que tuvo, jamas." Despues de la batalla de Pavía, Francisco I sintió más aún su pérdida, como que se le oyó exclamar: "Si el capitán Bayardo, con su bravura y su experiencia me hubiese estado vivo y junto á mí, su presencia hubiese evitado por más de cien capitanes. Ah! caballero Bayardo! cuánta falta me haciais! no estaria yo ahora vivo si vos no hubieseis muerto!"

Pero los pesares del rey, como todos los otros cuidados de su imprevisión, venian demasiado tarde. Bayardo estaba prisionero, y Bayardo ya no existia!

El presidente de Expilly ha descrito así en breves palabras el carácter de Bayardo: "Bayardo nacio con todas las virtudes y sin ningun vicio. Amaba á Dios, y oraba asiduamente á mañana y tarde. Jamas se negó á socorrer al prójimo, ora con su dinero, ora con su tiempo, y siempre lo hizo con diligencia y bondad. Cálculase que dotó y casó á más de cien huérfanas. Las viudas estaban siempre seguras de encontrar en él socorros y consuelos. Era querido con los que habian servido á sus órdenes: él les daba un caballo, á aquel un vestido, al otro un caballo con que pagar sus deudas. Sin embargo no se preocupaba y despreciaba á los ricos que no eran caritativos. Distribuia en buenas obras todo el dinero que sobraba de sus raciones, sin guardar nada para sí. Podria decir que "lo que se gana con la espada se gasta en golos." Todo cuanto dejó al morir no valia más de cuatrocientas libras de renta. Nunca se preocupó de un alojamiento en un país conquistado, sino de todos sus gastos y los de sus soldados, y era tan franco que salia para impedirles que le prendieran en su casa. Era encarnizado enemigo de los avaros, y detestaba la maledicencia. Bayardo, jamas no era de aquellos que comienzan bien y se caen en el camino, ni de los que terminan su carrera más honrosamente de lo que la habian comenzado. Sus virtudes se manifestaron desde su infancia

...y se desarrollaron á medida que creció, sin que los honores las alterasen en nada, y fueron coronadas por una muerte gloriosa y una reputación que serán siempre respetadas aun por la más remota posteridad."

Gran cosa es para una nación el hallarse penetrada de este espíritu del deber, y mientras él sobreviva, no hay que desesperar del porvenir. Pero si desaparece ó se embota, si se ve reemplazado por la sed de placeres, de ambición ó de gloria egoista, entonces desdichada nación, porque su ruina es inminente!

Si hay un punto sobre el cual, más que sobre otro alguno, estén de acuerdo los observadores inteligentes, ese es el que se refiere á las causas de deplorable postración á que llegó últimamente la Francia. Todos la atribuyen á la carencia del sentimiento del deber y á la falta de sinceridad en los jefes del pueblo francés. El testimonio del barón Stoffel, adjunto militar francés en Berlín, ántes de la guerra, es del todo concluyente. En su informe personal al emperador, escrito en el mes de agosto de 1869, y que se encontró luego en las Tullerías, observa el barón Stoffel que el pueblo alemán es muy instruido, y muy disciplinado, que posee en el más alto grado el sentimiento del deber y que no se sonroja de venerar sinceramente lo que es grande y noble; mientras que, á este respecto, la Francia presenta un lastimoso contraste. (1)

Semejantes á los individuos á quienes nada corrige en la vida, sino las duras lecciones de la experiencia, los pueblos no llegan á mejorar las instituciones que los gobiernan sino cuando han llegado á reconocer la necesidad de hacerlo despues de las más crudes pruebas.

Hubo necesidad de Jena para que la Prusia volviese sobre sí misma; y para que, sintiendo la necesidad de purificarse en sanas y varoniles instituciones, llegase á ser una nación tan fuerte y robusta como lo es hoy.

(1) Escogemos del informe del barón Stoffel, el lugar siguiente que nos parece tener algo más que puro interés de actualidad: "Todo el que haya vivido aquí (Berlín) no puede menos de reconocer que esta nación prusiana está llena de savia, de energía, y de patriotismo; que no está aún pervertida por la necesidad de los gozes materiales, y que ha conservado una fe ardiente y respeto por todas las cosas respetables. Qué aflictivo contraste el que presenta la Francia! Ella ric de todo, y no respeta ni las cosas más respetables. La virtud, la familia el amor patrio, la religion, el honor se presentan en ella como asuntos de risa á una generación frívola y escéptica. Allí se han convertido los teatros en escuela de cinismo y de torpeza. El veneno se infiltra por todas partes, gota á gota, en los órganos de una sociedad ignorante y atrasada, que carece de inteligencia ó energía para casar sus instituciones y adoptar otras nuevas, basadas en la justicia y en el derecho, conformes con el espíritu de los tiempos modernos, y propios, ante todo, para instruir y moralizar. Así, todas las buenas cualidades de la Nación: la generosidad, la lealtad, el ingenio, la cordialidad, se debilitan poco á poco, hasta el punto de que bien pronto esa noble raza francesa no se podrá reconocer sino por sus faltas. Y entre tanto, la Francia no nota que naciones más serias la adelantan en la vía del progreso y la relegan á la segunda categoría."

1671